

Carcagno y Puiggrós *El día 1/6/73*

☛ Dos noticias publicadas el miércoles en la sección internacional de *El Día*, noticias aparentemente sin más conexión que la de producirse en el mismo país y dentro del mismo gobierno, cuyos sujetos, por su propia naturaleza y oficio parecerían hablar más de mutua lejanía que de cualquier paralelismo, se tocan, sin embargo, en cuanto pueden apreciarse como signos de lo que hoy sucede en Argentina, de lo que se presenta como inicio de un cambio real de alcances aún impredecibles.

Se refiere la primera a declaraciones del nuevo comandante en jefe del Ejército argentino, general Jorge Carcagno. Este, en el Día del Ejército, ante el Presidente de la República, tras los honores rendidos por las tropas a un jefe de Estado peronista, como auditorio los alumnos del Colegio Militar y oficiales y mandos superiores, proclama la subordinación incondicional de las armas al imperio pleno de la Constitución nacional. Esta constitución no es otra que la constitución peronista que se pone de nuevo en vigor.

La segunda noticia nos entera de que Rodolfo Puiggrós, un ideólogo del justicialismo, de pensamiento marxista, ha sido designado interventor de la Universidad de Buenos Aires, la cual, como varias de provincia, quedó prácticamente acéfala desde el 25 de mayo, día de la toma de posesión de Cámpora, cuando sus facultades fueron tomadas por estudiantes peronistas —la mayoría—, empleados y algunos profesores. Piden los ocupantes que la universidad sea puesta "al

servicio del pueblo", y el gobierno encarga a Puiggrós de la delicada misión de encontrarla por los cauces que ahora se abren.

¿Cuál será el significado de estas dos señales?

☛ Un gobierno con el indudable apoyo mayoritario del pueblo, sin volcar, no obstante, las estructuras, se verá fortalecido con la aquiescencia del poder de las armas, sometido a la legalidad. Sin adelantarse a lo imprevisible, caben algunas consideraciones.

Las armas se arrogaron en Argentina, durante años, el derecho de escisión, se declararon las "intérpretes" del pueblo. La realidad las hace abdicar de sus pretensiones, sin que nadie pueda, con todo, eliminar escondidos propósitos de revancha.

Pero no se ha insistido bastante en datos reales que hacen menos lineal la caracterización.

En primer lugar, las fuerzas armadas argentinas están lejos de la homogeneidad. La prueba está en las zancas, guías que se van propinando entre sí. Hay, además, marcadas diferencias de cuerpo: la Marina es una aristocrática casta tradicional, sin las trasvasaciones del reclutamiento popular que han existido en el Ejército o en la Aviación, de formación más reciente la última, como es lógico.

El peronismo —y Perón, no hay que echarlo al olvido, es un general— nunca ha dejado de pensar en la unidad del pueblo y de los militares como ba-

se de poder para la marcha de Argentina en las nuevas condiciones. Más aún, cuando, en los momentos en que se anunciaba el retorno de Perón, se hacía evidente un vacío de poder bajo los pies de los militares, no se desechaba la posibilidad de un golpe de Estado de las fuerzas armadas con signo peronista. Existía, sin duda, una erosión profunda dentro de las fuerzas armadas, y el peronismo, a no dudarlo también, había trabajado en su seno, particularmente en los cuadros medios y bajos, pero sin dejar indemnes a los mandos superiores.

Acaso el gobierno peronista pueda contar hoy con esa influencia para poner las armas al servicio de sus planes. Las declaraciones de Carcagno bien podrían ser un índice, por lo menos, de neutralidad efectiva.

☛ En la universidad, el repunte del cambio es contundente. Antiperonista durante Perón, el contraste de los años de gobierno militar hicieron de la universidad, en toda Argentina, el foco de justicialismo de mayor movilidad, y el más crítico al mismo tiempo, hacia la vida argentina y hacia los núcleos justicialistas conciliadores o menos aguerridos.

Era tangible la escisión entre los universitarios y las orientaciones de la fuerza pública en materia educativa. La enseñanza de las ideas filosóficas y sociales avanzadas estaban prohibidas dentro de la universidad, pero los estudiantes, unidos a cuadros de la clase obrera, organizaban conferencias, cursos y seminarios en locales sindicales, y llamaban a dirigirlos a profesores que, o se veían obligados a velar su pensamiento en la cátedra universitaria o, de plano, estaban marginados de la misma. Entre éstos, muy destacadamente, se contaba Rodolfo Puiggrós. Con él, y algunos otros, incluso se convenían clases privadas, virtualmente clandestinas.

Puiggrós, uno de los pensadores políticos más lúcidos de la Argentina actual, historiador de las ideas con 35 obras editadas (tres de ellas en México: *La España que conquistó al nuevo mundo*, *Los orígenes de la filosofía y Génesis y desarrollo del feudalismo*); dedicado fundamentalmente a desentrañar los caminos de su pueblo con la pluma (tres tomos de *Historia crítica de los partidos políticos argentinos*, por ejemplo) y con una militancia activa de años; periodista de cuyo oficio han quedado marcas en sus comentarios sobre asuntos internacionales en *El Día*; este político de mente clara que desde temprano vislumbró la necesidad de aliar en Argentina el pensamiento marxista con el fenómeno de masas que es el justicialismo; este doctor por muchos merecimientos —reconocidos por nuestra Universidad, que durante su estancia de cerca de cinco años México le confió varias cátedras— no tenía acceso a las universidades argentinas so pretexto de la falta de un diploma oficialmente expedido por ellas. A quien hoy se encarga de darle nuevo rumbo a la Universidad es, sin embargo, uno de los intelectuales —si no el que más— con mayor ascendiente en la inquieta juventud estudiantil adherida al justicialismo; las ligas estrechas que ha mantenido con ella es un buen aval para su misión, y el habersele escogido para la empresa puede constituir también, uno de los puntos de luces que en el juego contrastado van encendiéndose en la ruta de los argentinos de hoy. ☛